

Testimonio sobre Sergio Silva

Voy a presentar un testimonio muy deshilvanado, fundamentalmente hecho de recuerdos y fragmentos de recuerdos.

Conocí a Sergio Silva en la Facultad de Teología en el año 1985, si mal no recuerdo. Para mí ha sido una figura muy significativa tanto en lo académico como en lo personal.

En lo académico, fue mi profesor de varios ramos, Trinidad, Creación, Teoría del conocimiento. Como profesor fue impecable, de una claridad ingenieril. Con mis compañeros llegamos a la conclusión de que toda idea se podía dividir en dos y a su vez cada una de ellas en dos o más. Por eso teníamos las formulaciones principales, las 1. y las 1.1, las 1.1.2. etc.

Este orden matemático, fue fundamental para formar mi aprecio por la máxima que hasta el día de hoy trato de seguir “la teología no es poesía” ... como dijo una vez Sergio a un compañero cuando nos instó a leer en clases nuestros ensayos.

Esta claridad tenía una dificultad, no sabíamos qué preguntar al final de la clase, ante lo cual Sergio, un poco desconcertado decía: “cuando no hay preguntas o es que está todo muy confuso o muy claro”... era lo último, por supuesto, lo que le valió la entrega del premio al mejor profesor de la facultad de teología. En otra oportunidad, tratando de estimular las preguntas y tras un gran silencio Sergio dijo apenado: “dicen que cuando uno habla solo es porque se volvió loco”... cuestión que hoy la neurociencia desmiente.

Más allá de las anécdotas, creo que la marca de Sergio en la vida académica de sus alumnos fue profunda. Sin lugar a dudas, la teología en el marco de la cultura fue para nosotros fundamental. Aquí me quiero detener. Cada curso comenzaba con un marco de referencia triple. Por ejemplo, el curso de Trinidad, comenzaba con: Introducción al problema de la Trinidad hoy. 1) La situación cultural, 2) La situación académica, 3) La situación pastoral.

El tema “La situación cultural del tratado sobre Dios hoy”, fue para mí un acontecimiento, en el sentido filosófico de la palabra, es decir, como un hecho que es capaz de marcar de manera profunda y permanente la vida de una persona. Los pasos de la muerte cultural de Dios abrieron mis ojos a una nueva forma de abordar la génesis del ateísmo. Primero, abordábamos la física clásica, que deja a Dios sin casa, pues en las representaciones precientíficas, es decir, en el mundo en tanto cosmos jerárquico y ordenado Dios está allá arriba en el cielo, mientras que en las representaciones del mundo como universo,

descentrado, no jerárquico, con zonas de igual valor ontológico, Dios ya no tenía lugar o “casa”; luego seguíamos con las teorías evolutivas, que dejan a Dios cesante en el inicio de la vida; continuando con Marx, que deja a Dios cesante en la conducción de la historia, continuando con Freud y Nietzsche, que aportan más pruebas en contra de Dios. Recuerdo estos contenidos porque este marco cultural del tema teológico, lo vengo repitiendo con mis propios alumnos, y parece que para ellos, esta forma de presentar el problema, de manera “genética” y comprensiva, haciendo no un juicio sino una hermenéutica de la cultura, también les fascina tanto como a mí en su momento.

Dije una palabra esencial, hermenéutica. Si pudiera definir el aporte de Sergio en nosotros, sus alumnos, creo que podría decir que, más allá de todos los contenidos, él nos formó una conciencia hermenéutica, lo que significa una manera de mirar los problemas.

Por otro lado, en ese entonces, no pudimos imaginar el alcance de una insistencia permanente de Sergio respecto a los problemas y desafíos que la técnica o, mejor dicho, la tecnociencia, nos estaba planteando a la reflexión teológica. Sin duda, hoy en día, intentando detener el daño global que le hemos hecho al planeta, podríamos comprender esta insistencia no como lo hicimos en aquel entonces, es decir, como una particularidad del punto de vista del profesor del ramo de Creación, su obsesión propia, podríamos decir. A la luz de la situación actual en que nos encontramos, puedo decir que no estuvimos a la altura de esta reflexión profética.

Podría enumerar muchas cuestiones de este tipo, intuiciones profundas y enseñanzas que abrían el mundo de la teología ante nosotros. Sólo nombro dos, una referencia bíblica y otra poética.

La primera, es el desglose del poema de Oseas 2, 4-25. Recuerdo en especial los versículos 21 y 22: “Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré en justicia y derecho, en amor y en compasión; te desposaré en fidelidad y tú conocerás a Yahvé”.

Sergio explicaba los términos hebreos implicados en estos versos y, no sé mis compañeros, pero para mí este conocimiento me implicaba intelectual y emocionalmente, en especial recuerdo el término “rajamin” que viene de “rejem”, que quiere decir útero, Dios nos ama desde sus entrañas. Entonces, desde la intertextualidad nos asomábamos a otros textos que empleaban la palabra “rajamin”... como el del veredicto del rey Salomón frente a las mujeres que se disputan un bebé (1Re, 3, 16-28). Una de las mujeres, durante el sueño, había aplastado a su hijo dándole muerte y, al ver a la otra mujer con su hijo vivo a su lado,

realiza un cambio dejando al costado de ella al bebé sin vida. La madre del niño vivo se da cuenta del hecho y pide al rey Salomón que dicte sentencia sobre cual es la madre verdadera del niño vivo. El rey, para zanjar la cuestión, decide que partirá al niño en dos, una parte para cada una, pero el texto dice que la madre verdadera paró el sacrificio por que sintió una conmoción desde sus entrañas. El rey entonces se dá cuenta que el niño es de esta mujer y se lo entrega. Debo decir que, en lo personal, frente a situaciones que me ha tocado vivir con mis hijos, he sentido este estremecimiento entrañable. Y esta es la forma en la que Dios nos ama.

Respecto a la referencia poética, tampoco podría olvidar que, a pesar de que la teología no es poesía, Sergio nos leía “Otoño en las dunas” de Pedro Prado, para hablarnos de la presencia de Dios que cada uno intuye en lo más profundo de sí mismo. De esta manera, nos acercábamos a un misterio insondable, y gracias a los recursos de la racionalidad poética, nuestro profesor interpelaba no sólo a nuestra mente, sino también a nuestro corazón.

Detengo acá mis recuerdos académicos para hacer una breve referencia a lo personal. Creo que mi amistad con Sergio comenzó cuando fui su ayudante del curso Teología Fundamental. Yo estaba a cargo de las labores típicas de los ayudantes y tenía que hacer una clase sobre Blondel. Cuatro años duró mi labor en esta ayudantía.

También, junto con mi ahora esposo, en ese entonces novio, Francisco, le pedimos a Sergio que nos casara, a lo cual él aceptó con mucho gusto y nos preparó él mismo para el matrimonio. Obviamente en la ceremonia leímos el texto de Oseas: “Te desposaré conmigo para siempre”.

Hace no mucho Sergio dirigió en co-tutela mi tesis doctoral, dicha co-tutela funcionó perfecto porque Sergio nunca quiso imponer su voluntad en algún tema, sino que hacia dupla conmigo, plegándose a las exigencias de la otra parte y haciendo sugerencias al modo de él, lleno de respeto dialogante, manifestando su opinión, pero nunca esperando tener la última palabra.

A pesar de todo lo dicho, tengo una pequeña queja, Sergio no es perfecto y siempre le reproché no haber creado un equipo de investigación permanente. Sergio Silva, nos haces falta como maestro en esa facultad. Mis intentos por persuadirlo llegaron a límites bochornosos, no hallando yo qué argumentar un día le dije “que lástima que Ud. no creara

un centro de investigación, así como la hermana Meis”. A lo cual respondió tranquilamente: “yo no soy la Anneliese Meis”.

Hoy, Sergio es siempre bienvenido en mi casa. A mis hijos, en especial al del medio, que es protestante, le encanta que llevemos a este cura a casa porque nunca había conocido a una persona que supiera tanto y de todo lo que le preguntes.

En fin, me pidieron que fuera breve, dejo acá este deshilvanado testimonio y aprovecho esta instancia para agradecer públicamente a Sergio por su amistad, su cariño, su respeto. Respeto que valoro mucho porque como se podrán imaginar, no es fácil para una mujer trabajar en una facultad eclesiástica. Por personas como Sergio, muchas de nosotras, nos hemos sentido valoradas en lo intelectual y eso nos ha animado a continuar con la labor de teólogas, gracias a Dios, impulsadas por teólogos brillantes, respetuosos y acogedores como Sergio Silva Gatica, a quien hoy, le damos un merecido homenaje.

Cristina Bustamante Escobar.